



## Capítulo Tres

---

### Día Festivo de la Capital Real

ΛΡΞΘΓΑΔΤ

Διακοπή -1 2001 na Προσφορά na na  
Προστασία-Προστασία

Un murmullo recorría la capital. En esta era en la que los monstruos vagaban libremente, todos, sin importar su edad o género, tenían que trabajar para sobrevivir, y apenas había gente en la ciudad que se diera el lujo de disfrutar del ocio o de pasatiempos. Incluso la ciudad capital, Lakrios, conocida como un «Paraíso», no era una excepción. Muchos trabajaban en los campos dentro de las murallas de la ciudad, haciendo que las calles no estuvieran completamente desiertas, pero sí escasamente pobladas.

A pesar de esto, la ciudad se sentía tranquila gracias a las numerosas fuentes instaladas por todas partes. El agua pura y brillante bajo la luz del sol calmaba los corazones de las personas y atraía a los pajarillos. Los residentes de Lakrios escuchaban el sonido del agua, expresaban su gratitud por sus bendiciones y la compartían con los transeúntes, riendo juntos.

En una capital tan grande, la mayoría de la gente era conocida. Aunque no fueran como una familia, al menos se conocían como vecinos. Por lo tanto, cuando aparecía una «cara que nunca habían visto antes», las mujeres y los niños que llevaban grandes cestas de ropa, los mensajeros que transportaban cultivos a los distritos vecinos y los canteros que reparaban escaleras rotas miraban con curiosidad y comenzaban a murmurar entre ellos.

Especialmente si se trataba de una chica sorprendentemente hermosa y un joven de cabello blanco, poco común.

—¡E-espera! ¿Por qué de repente quieres recorrer la ciudad? —Aria trató desesperadamente de detenerlo.

—¡Es que esa cara triste no le sienta a alguien tan hermosa como tú! ¡Por eso quiero verte sonreír! —Argonauta continuó sin ocultar sus propios deseos.

Caminaba audazmente por la calle principal, sin preocuparse en absoluto por lo conspicuos que ya eran. Desde la perspectiva de Aria, que había estado siendo perseguida por los soldados, era una situación angustiosa, temiendo ser encontrada en cualquier momento.

—Además, no te preocupes. Ya he captado la disposición de la capital corriendo por la ciudad,

—¡!

—Los soldados fueron al norte y los Candidatos a Héroe se fueron al este. No hay perseguidores en este lado oeste ahora, —dijo Argonauta, agregando una sonrisa a sus palabras y girando su rostro hacia Aria, que estaba detrás de él, sonriendo como un pastor despreocupado que guía al ganado, aliviando la ansiedad de la chica.

Esta era una táctica común para Argonauta. Cada vez que visitaba un nuevo lugar o comunidad, lo exploraba a fondo, conociendo a la gente, viendo los lugares de interés y experimentando la cultura local. El payaso, sin miedo alguno de llamar a sus viajes «grandes aventuras», registraba meticulosamente todo en su diario, alardeando de sus hazañas heroicas. En esta capital, mientras corría frenéticamente buscando a la princesa con Feena, ya había reunido información sobre el lugar. Incluso mientras era utilizado por los Candidatos a Héroe y ayudaba a otros, Argonauta había logrado comprender la estructura de la ciudad.

—Tú eres... —Aria, que consideraba a Argonauta como una persona extraña, estaba sorprendida. Al ver la «sagacidad» en sus ojos rojos, estaba a punto de preguntar por qué hacía tanto por ella cuando Argonauta la interrumpió.

—Por favor, no pidas una razón para ayudarte. ¡Porque no necesitas una razón para ayudar a una chica en apuros! —Argonauta lo tomó a la ligera, como siempre.

Actuaba como si fuera perfectamente natural porque era «Argonauta».

—...No entiendo, —repitió Aria, desconcertada frente al joven—. ¿Por qué me miras así? ¿Por qué eres tan amable...? No te entiendo en absoluto...

—Si no me entiendes, ¡entonces conozcámonos hasta que lo hagas! ¡Es algo común, pero maravilloso! —Argonauta le explicó a la chica, que expresaba sus sentimientos honestamente.

Le dijo que no había nada vergonzoso en no entender. Era parte de la historia de las personas, tanto humanas como no humanas, y que

su encuentro era un milagro nacido de esa acumulación. Así que deberían seguir el ejemplo de sus predecesores, dijo Argonauta con una sonrisa bondadosa.

—¡Por lo tanto, es una cita!

—¿¡Una ci...!? —Aria mostró una expresión de sorpresa por primera vez, su rostro enrojeciéndose.

—¡Oh, vaya, ¿qué pasa?!

—¿Es... es realmente una cita?

—Pero es que es una cita, ¿no?

—Pero solo estamos recorriendo la ciudad.

—¡Entonces es una cita!

—Pero, solo estar nosotros dos no significa...

—¡Es definitivamente una cita!

La chica nerviosa, sonrojada y repitiendo preguntas, fue recibida con la declaración confiada de Argonauta sobre su situación, como si estuviera a punto de levantar el pulgar en señal de aprobación. Lo estaba haciendo a propósito. Por otro lado, Aria, luchando contra su vergüenza, parecía adorablemente incómoda.

—Yo-yo nunca he hecho algo así antes... y además, ni siquiera conozco mucho de esta ciudad... —Su expresión de repente se oscureció—. Aunque nací aquí, no sé qué hay aquí ni quién vive aquí... No entiendo nada...

—¡No te preocupes! ¡Déjalo en manos de Argonauta! —Pero el alegre comportamiento de Argonauta no se vio afectado por su tristeza. Él continuó sonriendo como un cielo azul claro que nunca se nubla, golpeándose el pecho con la mano derecha—. ¡Puede que sea un campesino, pero una vez viví en Elcos! ¡Estoy acostumbrado a los entretenimientos urbanos!

—...¿Elcos? No puede ser, ¿acaso tú...?

—¡Ups, ahí voy otra vez! ¡Si voy a mentir, debería decir una mejor! ¡¡Sí, es una gran mentira, por favor perdóname!!

Cuando Aria mostró sorpresa al escuchar el nombre de cierta ciudad, Argonauta rápidamente se corrigió, dejando en duda si fue un desliz de lengua o una mentira deliberada.

—Pero es verdad que estoy familiarizado con las costumbres urbanas. Por favor, déjame ser tu guía. —Argonauta, sinceramente, pero con un toque de travesura, extendió su mano derecha—. Piensa en ello como ayudar a alguien que quiere disipar tu tristeza.

—...Eres realmente extraño.

—¡Jajá, eso me lo dicen mucho!

Aria, aún con una expresión preocupada, hizo esa valoración del joven.

Sin poner su mano sobre la que él le extendía, ella permaneció ligeramente cautelosa, como un pequeño animal. Encontrándolo divertido, Argonauta apretó su mano derecha y reanudó su caminar como si dijera que estaba bien también. Levemente enfurruñada al ver su espalda, que no dudaba que ella lo seguiría, la chica lo siguió.

La ciudad capital parecía vasta, pero era más pequeña de lo esperado. Más precisamente, las áreas residenciales de la ciudad castillo estaban bien organizadas, ocupando el espacio entre las murallas interiores y exteriores, dejando una gran extensión de terreno para la zona agrícola. Como resultado, la ciudad castillo no era tan expansivo como parecía desde el exterior. Esto permitió a Argonauta comprender la geografía rápidamente, incluso en poco tiempo. No obstante, la ciudad castillo era lo suficientemente grande como para acomodar fácilmente cinco palacios reales. Así que no faltaban lugares para visitar en esta «cita».

—Por cierto, Princesa Aria, hay algo esencial que debemos hacer antes de nuestra cita.

—...¿A qué viene eso de llamarme Princesa Aria?

—¡Todo mi ser no puede evitar llamarte princesa en presencia de tu belleza! ¿O preferirías que te llame simplemente Aria, así para que sea así como más románticón?

—...Princesa está bien.

Aunque mostró algo de resistencia, Aria aceptó a regañadientes el título, quizás sintiendo que permitirle llamarla solo Aria acortaría demasiado la distancia. Totalmente despreocupado, Argonauta sonrió insensiblemente, diciendo, «¡Eso es bueno!». Esto irritó aún más a la chica.

—Volviendo al asunto en cuestión... Princesa Aria. Para nuestra cita, debemos «ser felices».

—...¿Eh?

Argonauta enderezó su postura y anunció esto con una expresión seria. Aria, que había estado fulminándolo con la mirada, quedó desconcertada.

—En otras palabras, ¡debemos «convertirnos en tontos»! ¡La vergüenza no tiene lugar en una cita! ¡Una reacción fría tampoco servirá! —Lo que siguió fue nada menos que una actuación teatral. Abandonando su expresión seria de momentos antes, Argonauta mostró una brillante sonrisa y tomó la delgada mano de Aria—. ¡Debemos estar más emocionados, más alegres, tanto que nos dejemos llevar por el momento! ...¡Así!

—¿¡Kyah!?

Aria fue naturalmente llevada por los movimientos de Argonauta. Aunque no tenía voz en el asunto, no fue brusco. Su mano invitadora la atrapó y liberó, haciéndola girar como una peonza. Aria, con los ojos abiertos de sorpresa, rápidamente se dio cuenta de que estaba siendo guiada en un baile.

—¿¡Qué-qué estás haciendo?!

—¡Rompiendo tu «máscara», Princesa! Al volverte alegre y tonta, no tendrás tiempo para estar triste, ¡y disfrutarás de este momento!

—¡! —La cara enojada de la chica rápidamente se transformó en una de sorpresa.

—¡Primero, haremos de este lugar nuestra pista de baile! Luego, ¿qué tal si cantamos en voz alta? ¡Y para el Final, combinemos el baile y la ópera ligera en una gran actuación! —El monólogo operático de Argonauta continuó. Con su voz resonante y pasos ligeros, convirtió la calle principal del pueblo del castillo en su «escenario» personal—. ¡Vamos, vamos, no hay lugar para el aburrimiento! ¡Esta es una cita para ambos!

Con movimientos vivaces y caprichosos, el payaso nunca dejó de sonreír. Guiando a la chica con danzas fluidas, a veces rápidas, a veces suaves, llenó el aire con ruidosas pero alegres risas.

—¡No-nos están mirando, Argonauta! ¡No, Ar! ¡Hay toda una multitud!

Aria no podía soportarlo. Gracias a Argonauta, ahora eran el centro de atención. Los habitantes de la ciudad castillo se habían reunido a su alrededor, observándolos con curiosidad y preguntándose qué estaba pasando.

¡El círculo de espectadores era como un salón de baile!

¡Los cantos de los pájaros eran como flautas!

La luz del cielo azul servía como un gran candelabro, iluminándolos a ambos.

Aunque podría haber soltado la mano del joven, ella se encontraba incapaz de hacerlo debido a la sonrisa justo frente a ella. Estaba demasiado confundida para saber qué hacer. Aria estaba tan avergonzada que sentía que podría explotar.

—¡Es porque eres la más hermosa, Princesa! ¡Todos están embelesados por ti!

—¡~~~~~! ¡Eres un tonto!

—¡Excelente! ¡Te estás animando! ¡Por favor, insúltame más, oink, oink!

La cara de Aria se puso completamente rosa. A pesar de su grito involuntario, Argonauta, en lugar de molestarse, se alegró y golpeó el suelo con los pies.

—¡Idiota! ¡Raro! ¡Loco! ¡Nunca he conocido a alguien como tú!  
—Gritó Aria. Por primera vez en su vida, estaba gritando tan fuerte, con la cara enrojecida mientras gritaba a todo pulmón. Esto era exactamente lo que el payaso pretendía. La «máscara» de la chica se había roto. Bailaba como una tonta, gritaba tan fuerte que no tenía tiempo para estar triste, y desde la perspectiva de un espectador, parecía estar divirtiéndose, aunque ella no se diera cuenta.

Al ver a Aria así, Argonauta entrecerró los ojos con satisfacción.

—¡Gracias por los cumplidos! Me encantaría escuchar más, pero...

Sin embargo, el sonido distante de «muchos pasos» acercándose lo interrumpió. El ruido metálico sugería que pertenecían a soldados con armadura. La multitud circundante también comenzó a murmurar con enojo, con comentarios como «¡Qué descaro coquetear en público...!», «¡Cómo puede estar con una chica tan hermosa...!» y «¡¿Esto es un insulto para nosotros los solteros?!».

—...Parece que la atmósfera aquí se está volviendo un poco hostil, ¡así que debemos irnos! ¡Disculpen!

—¿¡Kyaah!?

Sin esfuerzo, Argonauta levantó a Aria en sus brazos y corrió en la dirección opuesta a la de los soldados que se acercaban. Admirando su cuerpo ligero y suave, se aseguró de no comportarse como un caballero pervertido mientras aceleraba como el viento.

—¡Vamos! ¡La fiesta en la capital apenas comienza!

—¡Espera, imbécil!

—¡Déjame darte un golpe!

—¡Deja de presumir!

Perseguidos por los residentes enojados de la capital.

—¡Esto definitivamente no es una cita!

El grito de Aria, con los ojos fuertemente cerrados, fue tragado por el vasto cielo azul.





—¡Mi hermano me dijo que esperaría aquí! —Feena bufó, habiéndose separado de Argonauta en la calle norte para reunir información sobre la princesa. Estaba enojada con su hermano poco confiable, que había desaparecido sin dejar rastro a pesar de que se le dijo que se quedara quieto.

—¡Hasta Yuri y los demás vinieron, y ahora, ¿dónde se ha ido?!

—Querrás decir que tú nos obligaste a venir, —dijo Yuri, exasperado.

—¿Por qué tuve que venir yo también? —Garms, que tenía un humor similar al de Yuri, añadió.

Habían accedido de mala gana a ayudar a detener a Argonauta debido a la petición urgente de Feena de que su hermano podría convertir la búsqueda de la princesa, la «Ceremonia de Selección», en un caos con su comportamiento impredecible. Especialmente el hombre lobo que conocía muy bien la naturaleza del payaso por sus viajes con él, hasta el punto de desagradarle.

Incluso Ryuulu se había unido a ellos, atraído por el aroma de una conmoción interesante.

—Por lo que puedo ver, él no es del tipo que se queda quieto en un lugar por mucho tiempo, —dijo Ryuulu con una sonrisa.

—¡Eso lo sé sin que tú me lo digas! No es un niño; debería poder esperar un rato... ¿eh? —Feena, con sus orejas en forma de hoja moviéndose de irritación, no pudo evitar murmurar quejas al sonriente Ryuulu.

—¿¡La has encontrado!?

—¡No, la hemos perdido otra vez!

—¡Sigan buscando!

El alboroto ruidoso venía de la dirección de la calle principal. El ruido metálico de los pasos de los soldados pasó por donde Feena y los otros estaban parados.

—Parece que la ciudad está en un alboroto... Los soldados parecen estar apurados también...

—...Al parecer, una mujer excepcionalmente hermosa está siendo arrastrada por un hombre extraño.

—Ah, así que puedes discernir eso del alboroto. Como era de esperarse de un hombre bestia. ¿Y?

Feena inclinó la cabeza hacia un lado, y Yuri con sus orejas levantadas para captar con precisión los ruidos superpuestos de la ciudad, explicó.

Le instó Garms a continuar, mostrándose ligeramente impresionado por las orejas de su raza, que le permitían escuchar con precisión los ruidos de la ciudad castillo que venían desde tantas direcciones.

—En el distrito oeste, hay una pareja muy sospechosa... La mujer tiene el cabello dorado como un espíritu, y el hombre tiene el cabello blanco y parece débil... —El hombre lobo se concentró, describiendo exactamente lo que escuchó.

Al escuchar esas palabras, Feena se quedó inmóvil como una muñeca de cuerda a la que se le hubiera roto el resorte.

—La primera se parece a la princesa, y el segundo suena como don Ar, —dijo el bardo de lo más casual.

—Eh..... ¿¡Quéeeeeeeeeeeeeeeeeee?!

Un grito fuerte brotó de la boca de la chica, tan fuerte que el enano y el hombre lobo tuvieron que taparse los oídos.

—¡Princesa, hemos escapado con éxito! ¡Este Argonauta los ha despistado hábilmente!

—Haa... haa... ¡para empezar, fuiste tú quien...!

Después de poner a la chica protestante en el suelo, continuaron corriendo de la mano por un rato. Habiendo despistado brillantemente no solo a los soldados, sino también a los habitantes del pueblo, Argonauta y Aria habían cruzado del distrito occidental al oriental. Mientras Argonauta se limpiaba la frente con una expresión renovada, Aria estaba sin aliento, inclinada hacia adelante con las manos en las rodillas.

Antes de que ella pudiera lanzarle una mirada resentida, Argonauta, pareciendo que iba a silbar en cualquier momento, señaló entusiasmado en una dirección.

—¡Más importante aún, mira! ¡Allí!

Siguiendo su dedo con la mirada, los ojos de Aria se abrieron de par en par.

—Esto es...

Una fuente. Y una muy grande. Su ancho abarcaba 20 metros, y aunque su altura no alcanzaba tanto, seguía siendo imponente. En el centro se erigía un hermoso obelisco de alabastro, y alrededor de su base había estatuas de «espíritus» del mismo tono, cada una en varias poses. Sus vestimentas de piedra, que indicaban que representaban el fuego, relámpago, viento y tierra, los hacían parecer listos para cobrar vida. La ausencia de un espíritu del agua implicaba que la fuente misma lo encarnaba. El agua que se desbordaba desde la base de la fuente evocaba un valle sagrado, reflejando la luz del sol y deslumbrando a la vista.

Era un oasis artificial, construido en lo profundo de un bosque llamado paraíso.

—Un lugar así en la capital...

—Sí, yo también me sorprendí. No solo el diseño, sino también el concepto es fascinante. Aunque es un parque de juegos acuático, un espíritu del rayo está en el centro, creando una presencia impactante. Esto debe simbolizar a los cielos bendiciéndonos con agua, realzando la grandeza de la fuente y, um, algo así, algo así como eso.

Al lado de la chica aún asombrada, el intento del payaso de sonar intelectual era claramente un esfuerzo por impresionar y resultaba tanto patético como irritante. Sin embargo, Aria estaba tan cautivada que no notó su divagación.

—Nunca supe que una fuente como esta existía... Pero es hermosa...

Era una característica de la capital tener numerosas fuentes, asegurando un suministro constante de agua potable y embelleciendo el paisaje. Probablemente había plazas con fuentes similares en otros distritos también. A pesar de vivir en la capital, Aria confesó su ignorancia de este lugar. Con ojos como los de un recién nacido, miraba la obra maestra de cantería con asombro, pero había un vacío en su mirada.

Argonauta, observando el perfil de la chica a su lado, sonrió con dulzura.

—Princesa, ya que estamos aquí, hagamos un pequeño ritual.

—¿Un ritual?

—Date la vuelta hacia la fuente y lanza dos monedas. Eso es todo.

—Dar la vuelta y lanzar dos monedas... ¿así?

Como para crear un momento memorable, Argonauta sugirió y dejó caer las monedas de su bolsa en la palma de Aria, entonces le enseñó cómo se hacía con gestos.

Aria inclinó la cabeza, pero imitó sus acciones. Se dio la vuelta y, con algo de dificultad, lanzó dos monedas sobre su hombro izquierdo hacia la fuente artificial vigilada por los espíritus.

Las monedas trazaron arcos suaves antes de salpicar ligeramente en el agua, hundiéndose ante el espíritu del relámpago.

—...¿Qué pasa ahora?

—Ahora, nuestro amor eterno está prometido.

—Eh... ¿por qué haríamos algo así?! —Aria quedó asombrada por el «ritual de amor» declarado con una sonrisa excepcionalmente radiante.

—¿Estuvo mal?

—¡Por supuesto que sí! ¡No sé nada sobre ti! ¡Nos conocimos hoy! —Súbitamente ruborizada, Aria comenzó a entrar en pánico mientras Argonauta preguntaba con una sonrisa—. Nos tomamos de la mano, pero ni siquiera nos hemos confesado amor, y... ¡y menos besado...! ¡Prometer amor es demasiado repentino!

En resumen, la chica era ingenua. Tomaba lo que era meramente un «ritual» tan en serio, como una dama noble protegida, dividida entre su sentido de pureza y modestia.

—¡Oh, vaya, no tenía idea de que existía tal ritual...!

—Por supuesto que no. Yo lo inventé.

Cuando Argonauta dijo eso con una sonrisa inocente, Aria se quedó paralizada con la boca abierta.

—¡Tú... me engañaste, Ar!

—Pero, ¿no te pareció agradable? Es un pequeño ritual solo para nosotros dos. Un secreto y un recuerdo solo nuestro.

Aria, que estaba a punto de inclinarse y regañarlo, perdió su ímpetu ante sus siguientes palabras.

—Aunque estuvieras mintiendo sobre tu «nombre», los eventos de hoy serán «reales» para nosotros.

La sorpresa rápidamente coloreó el rostro de la chica. Con su corazón latiendo ligeramente más rápido, Aria Finalmente pareció entender y miró de nuevo a Argonauta.

—...Ar.

—Ah, tu cara ahora mismo es muy linda, ¿sabes?

—¡.....! ¡Eres un tonto!

—¡Ajajá!

Sus palabras, lejos de ser burlonas, eran un elogio genuino. Pero fue suficiente para que las mejillas de Aria se volvieran de un ligero color rosa, y después de enojarse propiamente esta vez, se dio la vuelta. Como una niña, más joven de lo que aparentaba. Su cabello dorado, hermosamente atado, rebotó con su movimiento.

Viéndola como si solo fuera una chica más, Argonauta rio felizmente.

Aria, mirando de reojo, parecía tanto disgustada como ligeramente divertida con la situación, sus labios temblaban. Los espíritus reunidos en la base de la columna los observaban en silencio. Solo el sonido puro del agua resonaba entre los dos.

—...¡Míralos, presumiendo su afecto así...!

Desde afuera, la gente miraba al payaso con ojos celosos, percibiendo su dulce atmósfera como una exhibición excesiva de su afecto. Los habitantes de la ciudad, ocupados con su trabajo diario, sentían lo mismo que habían sentido los otros al ver el espectáculo en la calle principal del oeste.

—¡Oh no, esto es malo! ¡La belleza de la princesa está causando envidia de nuevo! ¡Debemos retirarnos!

—¡¿Otra vez?!

Y así, Argonauta y Aria corrieron. Corrieron por la parte occidental de la ciudad castillo, causando conmoción dondequiera que iban. Cuanta más atención atraían, más destacaban. Cuanto más se ruborizaba Aria, más jugaba Argonauta con ella. Finalmente, una Aria exasperada lo empujó con ambas manos. El payaso solo seguía riendo. Esquivaban hábilmente a los soldados alertados por la conmoción, deslizándose por los callejones con facilidad, siempre un paso por delante.

Aria corrió más ese día de lo que jamás había imaginado posible. Era la primera vez que experimentaba tal esfuerzo, y también la primera vez que levantaba tanto la voz. Con tantas «primeras veces», la chica eventualmente olvidó sus dudas y comenzó a seguir al joven impredecible de buena gana.

Cuando el sol ya se había escondido detrás de las montañas, habían dejado el centro de la conmoción en el oeste y alcanzado el distrito sur, bañados en el resplandor del crepúsculo.

—Ahora que estamos aquí, estamos a salvo. ¡No hay nadie alrededor!

—Huff, huff... de verdad. Estar contigo nunca es aburrido...

—¡Jajá, nadie se aburrirá nunca conmigo! ¡Después de todo, soy Argonauta!

En el callejón desierto, Aria trataba desesperadamente de recuperar el aliento por lo que parecía la centésima vez. Argonauta, a pesar de tener solo una persona en su audiencia, actuaba como un intérprete en el escenario.

—...Es un sentimiento de lo más extraño. Nunca he corrido tanto, nunca he levantado tanto la voz. A tu alrededor, emergen tantas partes desconocidas de mí... —Finalmente recuperando el aliento, Aria miró hacia arriba—. ¿Por qué será...?

Su confusión y miedo a lo desconocido se mezclaban con una extraña expectativa. Ruborizándose levemente, preguntó, y Argonauta aprovechó el momento para lanzar una línea cursi.

—¡Porque nuestro encuentro estaba destinado! ¡Nacimos bajo las estrellas que nos llevaron el uno al otro! ¡Es el destino! ¡Brilla y brilla!

—¡.....!

Cerró los ojos, apoyó el pulgar y el dedo índice en su barbilla, y mostró una brillante sonrisa. Aria, como si despertara de un sueño, se quedó paralizada y guardó silencio por las palabras del payaso.

—.....Odio al destino. —Después de un momento, murmuró suavemente, mirando hacia abajo.

—...¿Princesa?

—Si estamos atados a un destino predeterminado... Entonces, ¿para qué vivimos siquiera?

Su rostro estaba lleno de tristeza, y los ojos de Argonauta se abrieron de sorpresa.

—Odio la palabra «destino»... con todo mi ser.

Las sombras se alargaban.

El crepúsculo envolvía el cielo, proyectando su sombra sobre los dos. Al escuchar las palabras que salieron de los labios de la chica, el joven se quedó quieto por un momento. Luego, se rio.

—...Bueno, entonces hagámoslo una certeza.

Su risa pareció disipar la tristeza de la chica.

—¿Eh?

—Oh, mis disculpas. No debería haber desestimado este día como simplemente destino. ...Yo te encontré, ¿verdad? ¡Y tú me encontraste a mí!

—¡!

Lo que comenzó no fue una comedia sino una ópera. Argonauta cantaba en voz alta.

—¡Mis ojos, mis oídos, te encontraron!

—...¿Mi voz, mis sentimientos, te atraieron hacia mí?

—¡Sí, es porque somos nosotros que nos encontramos!

—Pero ¿qué pasa si fue solo una casualidad?

—¡Aun si lo fue! ¡Te buscaré una y otra vez! ¡Te buscaré sin fin!

Su canción era un juramento. La distancia que disminuía era un vínculo. Mientras Aria cuestionaba repetidamente y buscaba confirmación, Argonauta negaba la palabra «destino».

—¡Las coincidencias repetidas se convierten en algo inevitable! ¡Así que esta es mi loca determinación!

—¡Tú, tú lo estás arruinando todo, y es lo peor!



El payaso, sufriendo de un trastorno que no le permitía ser serio durante largo rato, bailaba hilarantemente, con los brazos abiertos, mirando hacia el cielo teñido de carmesí.

—¡Oh dioses del cielo! ¡Por favor, sean testigos de esto con sus propios ojos! ¡Espíritus dormidos en la tierra! ¡Por favor, bendígan-nos! —Sus ojos rojo escarlata miraban mucho más allá de los cielos—. ¡Nuestro encuentro en este día! ¡Nuestra reunión! ¡No es una comedia predeterminada de armonía! —Su voz resonaba fuertemente junto con su mirada.

—¡Yo, Argonauta, lo prometo! ¡Nuestro encuentro no será man-chado por nada! ¡El destino no es más que cadenas, no dejare que tal cosa manche nuestra «verdad»! —Entonces, la voz y la mirada del joven regresaron a la chica—. Te lo juro, frente a los dioses del cielo y ante mis ojos, mi lealtad.

Como un caballero jurando lealtad, se inclinó respetuosamente ante Aria, bajando la cabeza.

En su rostro había una sonrisa. Una promesa sin falsedades y sinceridad ofrecida.

—..... —Después de presenciar la actuación del payaso, Aria se quedó allí aturrida por un momento. Mitad sorprendida, mitad cá-lida y emocionada.

Levantó la cabeza y encontró la mirada de Argonauta cuando él volvió a su postura original.

—...Pareces un personaje sacado directamente de una historia.

—¡Jajá, suelo escuchar eso con bastante frecuencia!

Al expresar sus pensamientos genuinos sin adornos, la respuesta llegó de vuelta como si rebotara en una pared, una respuesta agrada-blemente nítida.

—...Jejé.

Y como respuesta, Aria no pudo evitar reír. No fue una risa com-pleta, solo una leve curva de sus labios. Una pequeña sonrisa que pa-recía brotar naturalmente, trivial pero genuina.

—...Finalmente sonreíste. —Era como si hubiera estado esperando esa pequeña sonrisa todo el tiempo. Argonauta sonrió gentil y sinceramente desde lo más profundo de su corazón.

—¿Qué?

—Por fin puedo ver tu sonrisa. Y en este momento... realmente me hace feliz.

No como un padre mirando a su hijo. Ni como un hermano mayor cuidando de su hermana. Sino más bien como alguien mostrando trucos a una chica perdida, como todo un payaso, continuando haciendo caras graciosas hasta que se riera, luciendo una sonrisa despreocupada.

—Ar...

Esa sonrisa apretó el pecho de Aria. Acababan de conocerse. No sabían nada el uno del otro. Pero nada de eso importaba. El hecho de que hubiera alguien en este mundo cuidándola con una sonrisa y mirada así era todo lo que importaba para Aria. Fue un encuentro importante, casi como salvación.

—Esa sonrisa te queda bien. Quiero verte sonreír para siempre. —Argonauta siguió hablando, como un compañero ofreciendo un ramo de sentimientos a una novia—. ¿Podrías acompañarme un poco más? No conozco tus circunstancias.

—.....

Argonauta no sabía sobre el «destino» que llevaba la chica. Sin embargo, ya entendía quién era Aria. A pesar de eso, expresó su propia voluntad.

—Pero al menos... quiero ayudarte a escapar de lo que te hace «temer»...

—¿Había alguien aquí?

—¿i!?

Ambos se sorprendieron.

Tales palabras de compromiso casi parecían estar siendo ridiculizadas.

Era como si le quisieran recordar al payaso que no había razón para que él se convirtiera en un caballero.

En silencio, como si se deslizara desde las sombras, una mujer apareció detrás de Argonauta y Aria.

—Tus acciones audaces en la ciudad... presumiendo frente a todos, atrayendo deliberadamente la atención sobre ustedes mismos, llevaron a los perseguidores al «oeste».

—¿¡.....!?

—Desde allí, está la puerta de la ciudad, llevando al «sur»... ¿Qué acaso no eras solo un payaso?

Vestida con atuendo de batalla revelador con una banda negra envuelta alrededor, los pies descalzos sin hacer ruido, ambos brazos adornados con delgados guardabrazos.

La mirada que lanzó sobre el payaso no era la de una serpiente ni la de un ave de presa, sino más bien como el brillo opaco de una hoja, carente de cualquier emoción.

Ella era una amazona que Argonauta incluso ya había visto.

—Tú eres... ¡uno de los «Candidatos a Héroe»...!

—¿¡Elmina!?

El asombro de Argonauta y el grito de Aria resonaron al unísono. El joven sintió un escalofrío ante su «extrañeza», dándose cuenta de que ella había descubierto sus intenciones sin revelarse.

Y el miedo de la chica provenía de reconocer la verdadera naturaleza de la «oscuridad» ante ella.

—...Princesa Ariadna. El rey está esperando. Vuelva al castillo.

—¡.....!

Al mencionar su nombre, los hombros de la chica temblaron. Silenciosamente, como una sombra que se arrastra, Elmina se acercó lentamente, justo cuando el manto del payaso revoloteó, él se interpuso entre ellos.

—¿Princesa? Yo no tengo idea de esas cosas. ¡La que está aquí es *mi* princesa, Aria! ¡No puedes llevártela!

Despreocupado.

Haciéndose el tonto.

Sin embargo, incluso bajo la presión insoportable, sudando profusamente, el hombre, si no podía ser un caballero, al menos intentaba encarnar el espíritu de uno como payaso.

—...Ridiculeces.

Con un chasquido, por primera vez, un sonido emanó de la mano de la mujer.

El espantoso puñal, que había enterrado a muchos, apareció en la mano de Elmina.

No había escapatoria.

Los alrededores ya eran su dominio.

La colisión era inevitable.

—¡.....! ¡Uwooooooooooh!

—¡¡No, tienes que huir...!!

Tomando el cuchillo en sus propias manos, golpeó valientemente.

Pero ante la vana bravuconería del hombre, la chica solo pudo gritar desesperadamente.